

Murcia, 27 de noviembre de 1980

Don José Luis L. Aranguren

Madrid

Mi querido y buen amigo:

El 15 de marzo de 1975, escribí a usted, a Santa Bárbara (California), anunciándole el envío de mi libro, *Escuela de Mandarines*. Decía en aquella carta que "la alegría de haber concluido un libro tan largo, y tan unido a mi vida, se vería aumentada con nobleza si una mente como la de usted pudiera ocuparse del mismo". Como respuesta a mi petición, usted publicaba, en *La Vanguardia* (30-7-1975) y en *Informaciones* (31-7-1975), un importante artículo sobre *Escuela de Mandarines*, avalando mi pluma con la suya. Poco después, en 1976, volvía a mencionar mi libro, y mi nombre, con gran ayuda para mí, en sus *Estudios Literarios* (Ed. Gredos, 1976). Todo ello me conmovió; recordé la primera visita que le hice, en el año 1957, con Mercedes Rodríguez, a quien dediqué *Escuela de Mandarines*; y sentí orgullo y emoción de constatar, después de largos años, que la visita no fue baldía. En efecto: yo saqué de ella su amistad, mantenida constante, y usted pudo, pasado el tiempo, hablar bellamente de un libro mío.

Dentro de unos días, saldrá a la calle un tercer libro mío, novela, titulado *La Tríbada Falsaria*, que enviaré a usted apenas vea la luz, pidiéndole, otra vez, la ayuda de su pluma. En la España actual, solamente dos plumas pueden avalar a otra pluma, y son las de Enrique Tierno y usted. Ya no hay más maestros en el pensamiento ni en la literatura.

Creo que *La Tríbada Falsaria* cumple lo que usted dice con asombrosa precisión en la página 221 de sus *Estudios Literarios*, a saber: "que la novela es aventura creadora de palabras, y no palabras sobre una aventura"; o, expresado de otra manera: "que la novela ha de entenderse como narración narrante, autogeneradora, sin nada acontecido antes, que pueda ella tomar como punto de partida".

Tiene *La Tríbada Falsaria* alrededor de 240 páginas. En las primeras 20 páginas, un narrador omnisciente, según término usado por los críticos, describe cómo una mujer de cuarenta años, llamada Damiana, deja a su amante, llamado Daniel, y se entrega a una pasión lesbiana, provocada por una tal Lucía. El resto de la obra, es decir, las siguientes 220 páginas, es un inacabable razonamiento de ese hecho, enjuiciado desde mil puntos de vista. El razonamiento, puesto en boca de un personaje, Juana, que, a su vez, cita a otros, procesa el mundo y trata de penetrar la realidad con mil visiones. La obra

concluye cuando el razonamiento se corta, no se acaba, pues, como todo enfrentamiento con la vida y el ser, resulta inacabable.

He descubierto que el narrador omnisciente, Balzac, pongo por caso, sabe menos de sus personajes que un narrador que sea, a su vez, personaje. En *La Tribada Falsaria* narro por medio de personajes que: a) Se revelan como tales yo empíricos. b) Muestran su visión del mundo. c) Son la trama y la narración misma. d) Tienen su vida y su verdad. e) Son mundo. Para expresar el mundo, uso, pues, del mundo, y del mundo no salgo. De esta manera, la novela se asemeja a la vida y al ser, obras de un "Dios escondido", como dicen los filósofos. Pienso, en suma, que el escritor de novelas ha de manifestarse en ellas como "autor escondido", o "autor anónimo", que "se muestra", pero que "no se dice a sí mismo".

Tal manera de novelar, que, en resumen, equivale a configurar "teatro", en el sentido más puro, estético y profundo del vocablo, resulta, sin duda, difícil. Mas, si se logra, la obra deviene complejísima y siempre viva; por consiguiente, puede leerse mil veces, ya que se revela inacabable y "supera siempre a su escritor". A mi juicio, es misterio de la palabra el siguiente suceso: que las proposiciones construidas con estética y pensamiento son más extensas que la intención del autor.

Yo no he querido contar, en *La Tribada Falsaria*, mis percepciones, mis sensaciones ni mis sentimientos; tampoco, desde luego, exponer mi pensamiento. He querido construir un algo que, una vez terminado, me pasme a mí mismo y resulte libro donde yo mismo aprendo, como si fuera lector novísimo.

De usted quisiera saber si he logrado mi empeño. Le hago esta petición llevado de la necesidad, no de la elección. Repito, en efecto, que si usted o Enrique Tierno no me califican, ¿quién podrá calificarme?

He subtitulado *La Tribada Falsaria* con el nombre de *Theologiae Tractatus*. Alguien se preguntará cómo puede llamarse Tratado de Teología a la historia de una mujer lesbiana. Mas yo respondo que no se trata de la historia de una mujer lesbiana (que sería decir nada), sino de la historia que procesa una pasión desde la ultimidad de las cosas, y, en consecuencia, a la realidad y al mundo, entendidos estos términos de forma ontológica, por así expresarlo, no sociológica.

Mi actitud, como escritor de *La Tribada Falsaria*, consiste en analizar la conciencia y los hechos desde el mayor grado posible de extrañamiento. Si el escritor no se extraña de la realidad descrita, produce lo que se llama "novela rosa"; si se extraña en un primer grado, produce la llamada "novela sociológica", donde yo situaría a Balzac, Tolstoy,

etcétera; si se extraña en un segundo grado, produce lo que yo denominaría "novela antropológica", donde citaré a Proust, a Kafka y a Gabriel Miró; y si se extraña en un tercer grado, produce lo que quiero titular "novela teológica".

Los tratados convencionales de teología parten del *a priori* de definir lo teológico; después dicen: "lo teológico es esto". Mi novela, por el contrario, parte de describir los hechos desde aquella ultimidad metódica de que he hablado, y concluir así: "esto es lo teológico". Esta diferencia entre "lo teológico es esto" y "esto es lo teológico", que me parece profunda, no ha sido advertida por mí, sino por un amigo mío, José López Martí, persona cuyo pensamiento, aunque no escrito todavía, influye constante en mi manera de escribir novelando. Si usted citara alguna vez esta diferencia, debe atribuirla a su autor, no a mi persona.

Revelado así lo teológico, como algo que está en los hechos, vistos desde aquella ultimidad, mi novela, *La Tríbada Falsaria*, resulta un libro absolutamente religioso, ferozmente religioso, y cristiano, como usted advertirá cuando lo lea. Yo creo que se trata de uno de los libros más religiosos y cristianos que se han escrito, en España, en muchos años.

Entiendo por sociedad burguesa a la sociedad de nuestro tiempo, en cuanto posee un mundo de valores y unos modelos de comportamiento. Pues bien: digo que la burguesía es un caso tal que, para conocerlo, no cabe ya un análisis sociológico ni antropológico, sino teológico. Cuanto los burgueses hacen, incluso lo que parece más trivial, como beber refrescos de agua teñida y cubitos de hielo, es algo que debe ser referido al sentido del mundo, precisamente por carecer de sentido en sí, o inmediato. En la cotidianidad de la burguesía, Dios aparece constante, por ausencia, por ausencia casi descarada y ostentosa. Nada hay más religioso, a mi juicio, ni generador de éxtasis, que la "visión" de los burgueses, corriendo en sus automóviles, un fin de semana estival. *La Tríbada Falsaria* muestra el pasmo y angustia de "visiones" semejantes.

Y ya corto esta larga carta, que usted debe perdonar por el mucho tiempo que estoy sin escribirle y porque en ella he hecho reflexiones generales.

En verdad sentí emoción de verle y de saludarle en Murcia, cuando dio su conferencia. Algo de mi juventud apareció en aquel momento. También sentí emoción de constatar la admiración, la devoción y el respeto que todas las personas allí presentes sentían por usted, lo cual no le pasaría inadvertido.

M. Espinosa

